

Grandes en cuestión: historia, genealogía y nobleza.

José Miguel Hernández Barral. Centro Universitario Villanueva (UCM)

En 1880 Francisco Fernández de Bethencourt publicó sus “Anales de nobleza”. Se trataba de una obra que relacionaba las distintas casas nobiliarias aportando una serie de datos sobre las mismas en la actualidad y algunos datos genealógicos –primer poseedor- y heráldicos –escudo de cada familia-. Esta publicación tuvo continuidad al año siguiente, incorporando noticias sobre nuevos títulos concedidos, sucesiones o fallecimientos dentro de las familias nobiliarias. Sin embargo, Bethencourt quería otra cosa. El que acabaría siendo uno de los grandes genealogistas españoles del XX, dejó pronto sus *Anales* y se embarcó en un gran proyecto que tendría el primer resultado en el volumen inicial de su “Historia genealógica y heráldica de la Monarquía Española, Casa Real y Grandes de España”. Para esto hubo que esperar hasta 1897, fecha en la que se inició una publicación que culminaría póstumamente en 1920 con un sexto volumen.

Al primer libro le acompañaba un prólogo con un espíritu reivindicativo que además transmitía una visión muy particular del autor sobre su tema de investigación. La principal llamada de atención de Bethencourt giraba en torno al escaso interés que se había dedicado a la genealogía como ciencia en una nación con las posibilidades de España. Desde su punto de vista, esta carencia la habían aprovechado todos los interesados en aparentar unos orígenes que no tenían, algo que definía con la sarcástica expresión de la búsqueda de “abuelos de alquiler”. Pero, ante todo, el olvido de la genealogía suponía un empobrecimiento de la Historia de España que con la obra que iniciaba pretendía resolverse, sino definitivamente, sí en buena medida. Su prólogo era una auténtica declaración de intenciones sobre la importancia de la nobleza en la historia y viceversa:

“éste es el rico depósito de nuestras tradiciones nobiliarias, que los malos libros, la vanidad advenediza y los escritores de poca conciencia habían entrado resueltamente a saco, con notorio agravio de la verdad y de la Nobleza misma; éste es el resumen de la vida gloriosa de las grandes instituciones que han formado a España,

presentado en un libro que no es un partido, ni es de casta, sino lisa y sencillamente de historia”¹.

La historia y la nobleza eran para Bethencourt dos realidades simplemente inseparables. Sin embargo, en su propia queja, el genealogista canario ya afirmaba como esa historia se podía inventar y –obviamente- no era el primero que se daba cuenta de ello. Si él aludía a los “abuelos de alquiler” también se podrían mencionar los “parentescos de sifón”, otra de las expresiones recurrentes para denunciar las invenciones en torno a los ascendientes.

De la misma forma que Bethencourt, los análisis más sugerentes sobre la nobleza han insistido en la importancia de la historia y, muy en concreto, de la genealogía (más aún, obras sobre genealogía) como elemento decisivo en la definición de un capital simbólico peculiar. Para Monique de Saint Martin, esas obras sumadas a guías de nobleza y otras publicaciones donde jugaban un papel referencial, constituirían parte de un “espacio de la nobleza” físico pero sobre todo social, que perduraría hasta bien entrado el siglo XX y no sólo hasta la Gran Guerra como se había sostenido habitualmente². El trabajo de Saint Martin, tan relacionado con las aportaciones de Bourdieu, sacaba brillo a un concepto acuñado por Halbwachs que pretendía matizar la diferencia entre la verdadera y la falsa historia, algo también intuido por Bethencourt, y alejado de lo que podría ser un debate interminable. Se trataba de la idea de la “ficción de la continuidad” de los títulos, pues para el sociólogo francés más que de historia se trataba de una “creencia”. Obviamente en esta apreciación no coincidiría con Bethencourt pero en ambos había un protagonista claro: la pregunta sobre el reconocimiento hacia los fundamentos de la nobleza, tanto desde fuera como por parte de la propia nobleza. Halbwachs –y Saint Martin y Bourdieu- hablaban de ficciones y Bethencourt de historia, pero ninguno mencionaba la vanidad ni el dinero, que éste último criticaba³.

¹ Francisco FERNÁNDEZ DE BETHENCOURT, *Anales de la nobleza*, Madrid, s.n., 1880. Ibid., *Historia Genealógica y Heráldica de la Monarquía Española Casa Real y Grandes de España*, volumen I, Madrid, s.n., 1897, p. 24.

² Monique de SAINT MARTIN, *L'espace de la noblesse*, Paris, Métailié, 1993. Siguiendo su análisis en la sociedad francesa: Alice BRAVARD, *Le Grande monde parisien. 1900-1939 La persistance du modèle aristocratique*, Rennes, Presses Universitaires de Rennes, 2013. El clásico, y no por ello menos sugerente, Arno MAYER, *La persistencia del Antiguo Régimen*, Madrid, Alianza Editorial, 1984. Trabajos recientes sobre la movilización en el conflicto han vuelto a hablar de la continuidad en las jerarquías, algo que Charles Maier apuntó incluso antes que Mayer. Pierre PURSEIGLE, “La Primera Guerra Mundial y las transformaciones del Estado” en *Revista Universitaria de Historia Militar*, 5/2014, p. 184. Charles MAIER, *La refundación de la Europa burguesa*, Madrid, Ministerio de Trabajo, 1989.

³ Maurice HALBWACHS, *Los marcos sociales de la memoria*, Barcelona, Anthropos, 2004 (1925), pp. 264-278. Pierre BOURDIEU, "Postface" en Didier LANCIEN et Monique de SAINT MARTIN, *Anciennes et nouvelles aristocraties de 1880 a nous jours*, Paris, Editions de la MSH, 2007, pp. 385-397.

Quizá donde más se ha insistido sobre el reconocimiento de la nobleza ha sido en torno a los ennoblecimientos. Sin embargo, no han sido muy frecuentes trabajos al respecto e, incluso, en visiones renovadoras sobre la nobleza, el proceso de ennoblecimiento no jugaba un papel importante en el análisis sobre su persistencia⁴. El auge de estas concesiones y rehabilitaciones de títulos durante todo el siglo XIX y principios del XX generaba dudas en los fieles y también en los observadores atentos, que no entendían bien por qué a esas alturas seguía atrayendo un título. La reflexión sobre los fundamentos históricos de la nobleza y, especialmente, sobre la grandeza de España, resulta una aproximación necesaria para comprender el peso de la continuidad en su poder social y qué papel tuvo el debate sobre la historia en su paso a un segundo plano en la sociedad española del XX.

Cubrirse, jerarquías y vanidades.

En 1899 se celebraron dos ceremonias de cobertura de Grandes de España ante la Reina Regente. No era nada habitual que tuvieran lugar dos coberturas un mismo año, pero el número de Grandes a cubrirse lo podía justificar sin más explicación. La ceremonia era una de las más singulares entre las que tenían lugar en la Corte, aunque muchas veces caía en cierta monotonía rota principalmente por la renovación de los participantes. Esta ceremonia “doble” tuvo dos factores que la hicieron muy peculiar. En primer lugar, la primera tanda de Grandes resultaba especialmente notable. Allí estaban el duque de Medinaceli, el duque de Huéscar – heredero del duque de Alba-, duque de Luna –hijo de Villahermosa-, el duque de Aliaga, el marqués de Santa Cruz, duque de los Arcos o el conde de Oropesa. Eran varios de aquellos Grandes que acompañaron a Carlos V en Bolonia allá por 1520. Esa especial relación con la Historia de España la supieron subrayar casi todos los participantes –como solía ser habitual-, pero con una intensidad singular Jacobo Fitz-James Stuart, hijo primogénito del duque de Alba. Huéscar definía el título como “galardón de seculares servicios y augurio de otros venideros” para seguir definiendo el título desde esa visión continuista, a la que había que sumar nación y monarquía:

"no sólo sirve este recuerdo para honrar a quienes por sus altos hechos lo merecieron; con él declaro, en presencia de V.M., que, sintiendo correr por mis venas

⁴ Anthony L. CARDOZA, "The enduring power of aristocracy: ennoblement in liberal Italy, 1861-1914" en *Les Noblesses Européennes au XIXe siècle*, Roma, 1988, pp. 595-605. José Miguel HERNÁNDEZ BARRAL, *Procesos de ennoblecimiento en la España de Alfonso XIII*, Madrid, Hidalguía, 2011. Borja de RIQUER, "La monarquía española y la nueva nobleza catalana (1875-1931)", en *Alfonso XIII y Cambó. La monarquía y el catalanismo político*, Barcelona, RBA, 2013, pp. 223-249. Cannadine se fijaba en los ennoblecimientos pero lejos de esta perspectiva. David CANNADINE, *The Decline and Fall of the British Aristocracy*, New Haven, Yale University Press, 1990, pp. 306-17.

la sangre con que tantas y tan gloriosas páginas de la historia patria están escritas, siempre han de ser más propias las prosperidades y las tribulaciones de esta nación, que se simboliza en las augustas personas de V.M. y del Rey, para cuyo leal servicio le pido a Dios ocasiones y fuerzas"⁵.

Si esa visión centrada en la vinculación con el pasado de su familia era el núcleo de su discurso, éste era enfatizado por sus acompañantes que insistieron también en esos mismos argumentos. Además de los discursos y los participantes, la cobertura de 1899 fue relevante por la polémica. La ceremonia tenía un orden de precedencia a la hora de cubrirse pero éste resultó ser menos evidente de lo que parecía cuando el duque de Medinaceli pidió cubrirse antes que el marqués de Astorga. Uno sostenía que la precedencia correspondía al primero en recibir el título, el segundo defendía que el orden se establecía con respecto a la concesión de la Grandeza. Finalmente se dio la razón a Medinaceli y esto no sentó del todo bien a Astorga que, sencillamente, prefirió no ir a la cobertura. Tres años más tarde sí lo hizo, ahora en primer lugar. Tras la ceremonia, desde Palacio pidieron al duque de Medinaceli que aportara una serie de documentos con el fin de dejar claros los criterios de precedencia de cara al futuro. El problema esencial es que el origen de la Grandeza no era algo ni evidente ni en lo que estuvieran de acuerdo los principales estudiosos. Al margen de debates genealógicos, Medinaceli quería dejar claro su grandeza "no ha dejado de brillar como una de las más esclarecidas entre las mayores". Su insistencia a la hora de defender su preeminencia no tenía nada que ver con la vanidad:

"No requiere el actual Duque, ni solicita honores, ni busca satisfacción de amor propio; y si en alguna ocasión ha defendido con argumentos lo que creía que a su razón asistía, lo ha hecho por considerar que así cumplía con el respeto que a sí propio tiene y con la importancia que le merece el disfrute de un conjunto de honores que debe entregar íntegros a sus sucesores"⁶.

Era la historia lo que estaba en juego en el tema de las precedencias, la continuidad con el pasado y también su proyección hacia el futuro. La historia a la que estos Grandes de España apelaban volvía a ser un elemento esencial en el nuevo volumen del trabajo que Bethencourt continuaba elaborando. Dicha publicación no cambiaba en su estructura pero contenía un nuevo prólogo que aportaba una reflexión más sobre la nobleza y sus

⁵ *Discurso pronunciado por el duque de Huéscar al cubrirse con este título como Grande de España ante S.M. el día 10 de abril de 1899*, Madrid, s.n., 1899.

⁶ Duque de MEDINACELI, *Representación documentada del Duque de Medinaceli sobre la precedencia en el acto de la cobertura como Grande de España*, Madrid, s.n., 1900.

fundamentos –y peligros-. Partiendo de su juicio sobre la inexistencia de una tradición en estudios genealógicos, Bethencourt introducía una reflexión diferente. Quizá ya era algo que estaba en su proyecto inicial pero ahora se hacía patente: ser noble suponía también actuar noblemente, era continuidad pero al mismo tiempo responsabilidad en el presente, “obligaciones de su nacimiento y altos deberes de su representación”. En definitiva, el autor reconocía que su trabajo no pretendía solamente hacer relación de los orígenes de esas casas, también buscaba remover las conciencias de los nobles para que afrontaran su misión histórica, nunca mejor dicho⁷.

La vanidad de la que decían renegar Huéscar y Medinaceli era señalada como el verdadero enemigo de la nobleza por Bethencourt, el auténtico rival de la buena genealogía. El antídoto parecía evidente y daba la impresión de que los tres coincidían bastante sobre este punto: responsabilidad que miraba al pasado como acicate. No obstante, no quedaba claro qué pasado era al que aludían, más allá de una mítica referencia a glorias y victorias que sonaban mucho al siglo XVI y poco al presente. ¿Cómo renovar ese papel de la nobleza? Bethencourt no concretaba tanto y los Grandes parece que no consideraron oportuno especificar en una ceremonia eminentemente ritual.

Ante esa falta de definición, la vanidad se colaba por todas partes incluso en la genealogía que tanto la combatía. Al mismo tiempo que don Francisco bramaba contra los atropellos genealógicos, también recibía críticas por lo que algunos entendían como una especie de intento de monopolizar la disciplina. En la misma fecha en que apareció el segundo volumen de su *Historia*, Bethencourt recibió un duro ataque por parte de Félix Spínola, genealogista como él, pero poco conocido. Desde la perspectiva de este autor, Bethencourt había sido demasiado ambicioso en su propósito. En primer lugar le achacaba un escaso espíritu crítico al aceptar la fecha de 1520 como momento clave a la hora de definir el origen de la Grandeza de España (algo que no era del todo cierto). Después, Spínola se centraba en un

⁷ En este sentido, era muy elocuente la mención al público al que se dirigía el texto: “(esta obra se hace para) aquellos nobles que crean todavía que los antecedentes de su raza, las glorias heredadas, los Títulos antiguos y respetados, los nombres históricos, constituyendo una herencia tan pesada como gloriosa, obligan a algo más que a pasar desapercibidos en el mundo, o únicamente conocidos en la región del fausto y de los placeres. Para los que juzguen que todos los hombres pueden ser iguales en los derechos, pero que son forzosamente desiguales en los deberes, porque los pueblos con razón exigen más de aquellos, a cuyos nombres han hecho tantas veces los honores de sus faustos y de su Historia. Para los que estimen sabiamente que esos famosos nombres, honrados por tantas generaciones al servicio de sus Reyes y de su Patria, deben figurar en alguna otra parte que en las columnas de las revistas mundanas, donde se leen frecuentemente apellidos y Títulos que en vano se buscarán en las páginas de la Historia”. Francisco FERNÁNDEZ DE BETHENCOURT, *Historia Genealógica y Heráldica de la Monarquía Española Casa Real y Grandes de España*, volumen II, Madrid, s.n., 1900, p. 12.

ataque mucho más personal. Con mucha ironía, Spínola pretendía subrayar que la labor del genealogista canario pretendía monopolizar los estudios sobre la nobleza desde ese punto de vista. Según él, "de aquí en adelante, la Nobleza no reconocerá otro Evangelio sino el flamante Bethancurtiano que él la impone"⁸. La historia no era algo aséptico, mucho más cuando se fundaban en ella jerarquías de orden social. La genealogía tampoco parecía serlo y aquellas vanidades que pretendía combatir acababan por mezclarse en su propio trabajo. Como demostraban el discurso del duque de Huéscar y la polémica de Medinaceli, la proyección hacia el futuro del pasado en que se justificaban resultaba igual de problemática que la invención de parientes o lazos familiares. Incluso la intención supuestamente imparcial de Bethencourt se veía empañada por la vanidad que tanto denunciaba. En definitiva, las quejas, críticas y alegatos de unos y otros subrayaban como la historia era un elemento más de diferenciación social para la nobleza y, por tanto, impregnado de interés, subjetividad y jerarquías.

Desencanto.

En mayo de 1914 la interpretación unívoca que hacía de la genealogía el antídoto contra la vanidad sufrió un nuevo revés. En esta ocasión, la crítica vino nada menos que de Francisco Fernández de Bethencourt, quien hasta hacía bien poco había defendido que con poco más que una investigación sincera, los problemas se resolvían con bastante rapidez. La ocasión la propició su ingreso en la Real Academia Española. Para esa ocasión, Bethencourt preparó un amplio discurso con un significativo título "Las Letras y los Grandes". Se trataba de una larga intervención en la que, tras ensalzar el papel de la nobleza y muy especialmente de la grandeza en el pasado, criticaba duramente la actitud de este grupo en el presente. Su argumento insistía una y otra vez en la misma idea desde varios puntos de vista, siempre repitiendo un argumento: la nobleza había vuelto las espaldas a sus tradicionales responsabilidades. Podía ser la Iglesia, la toga, la política o las especulaciones mercantiles... en todos esos campos los nobles habían renunciado. Sin embargo, esto era clave, debían reaccionar "acabando con el sueño prolongado a que está entregada, con la verdadera catalepsia que presenciamos, tan parecida a la muerte". A pesar de lo duro de su alegato, Bethencourt era optimista: los nobles no sólo debían sino que podían reaccionar, tenían aún muchas posibilidades a su alcance en forma de riqueza, posesiones y respeto por parte de la sociedad. Pero, sobre todo y más allá de sus aptitudes, tenían un motivo para rectificar y, no podía ser de otra forma, Bethencourt lo encontraba en la historia: "Hay que dar a la Nobleza

⁸ Félix SPÍNOLA Y GRIMALDI, *Crítica de la obra del Sr. Fernández de Bethencourt "Historia Genealógica y Heráldica de la Monarquía Española"*, Madrid, s.n., 1900, p. 19.

presente un ideal, el ideal necesario, sin cuya luz ha de faltarle más o menos pronto la vida: ¿qué más ideal que el de mantener las tradiciones que la formaron, que la hicieron lo que todavía es?"⁹.

El llamamiento de Bethencourt no pasó desapercibido y, significativamente, recibió respuesta desde el campo de la genealogía. Apenas quince días después de su discurso, la *Revista de Historia y Genealogía Española* publicó un artículo de Juan Barriobero y Armas que criticaba ciertas apreciaciones de Bethencourt aparecidas en su *Historia*. Aunque Barriobero no era genealogista ni tampoco respondía directamente al discurso, sus críticas parecían estar muy conectadas con la visión desencantada de la nobleza expresada por el genealogista canario. Curiosamente, su principal análisis volvía a incidir en el origen de los Grandes que para Barriobero no se podía situar exclusivamente en la famosa ceremonia de Bolonia. Desde su punto de vista –coincidía con aquella crítica de Spínola–, su origen era anterior aunque no sabía determinar muy bien cuándo situarlo¹⁰. Así como las críticas anteriores no habían suscitado una respuesta directa, Bethencourt no tardó en escribir a la misma revista para responder a las críticas. Su tono era bastante quejoso ante lo que denominaba “la juventud”. Y es que no sólo contestaba a Barriobero, sino también a otro autor, Fernando Suárez de Tangil, que había publicado recientemente una obra crítica por momentos con Bethencourt¹¹. Su respuesta a los argumentos centrados en la genealogía no era suficiente, pues estos dos autores no sólo tenían en mente las aportaciones de esa índole, también pensaban en la crítica de fondo vertida por Bethencourt en su reciente discurso.

En aquellas palabras parecía claro que se seguía apostando por la nobleza aunque el recurso al presente –si bien se volvía a subrayar la importancia del pasado como referente último– llamaba la atención. A quien no parecía sorprenderle la irrupción del presente era a Fernando Suárez de Tangil, el autor del que se quejaba Bethencourt en su contestación a Barriobero. Su malestar se concentraba en un título recién salido de la imprenta: *Breve estudio histórico-político y sociológico legal sobre las grandezas de España y títulos del Reino*. Tras este largo título se escondía una gran –y paradójica– similitud con el discurso de Bethencourt. Los primeros capítulos del libro eran una crítica muy dura contra la actitud de la nobleza hacia los

⁹ Francisco FERNÁNDEZ DE BETHENCOURT, “Las letras y los Grandes”, *Discurso leído en el acto de su solemne recepción el día 10 de mayo de 1914*, Madrid, s.n., 1914, p. 22 y 46.

¹⁰ *Revista de Historia y Genealogía Española*, 15 de junio de 1914. Sobre este punto resulta especialmente esclarecedor Jaime SALAZAR Y ACHA, *Los Grandes de España (siglos XV-XXI)*, Madrid, Ediciones Hidalguía, 2012.

¹¹ *Revista de Historia y Genealogía Española*, 15 de julio de 1914.

problemas de la España del momento¹². En eso los parecidos con Bethencourt eran evidentes, también en cuanto a las perspectivas positivas que de cara al futuro se le planteaban. Sin embargo, el medio para resolver esa situación era más bien diferente y Suárez de Tangil lo expresaba con mucha claridad: “Estas clases, por su nacimiento, por su tradición, por sus relaciones, por sus actuaciones, y aún pudiéramos decir por esencia, presencia y potencia, no pueden ni deben ser sino absolutamente conservadores”¹³. Al margen de la solución ofrecida por el autor, lo más significativo del libro no era el sesgo ideológico, sino la vinculación que se hacía con la genealogía. Después de sus críticas, Suárez de Tangil centraba su atención en el tema de los ennoblecimientos, para él una cuestión de máxima relevancia. Insistía en la necesidad de saber juzgar los méritos que conducían a la concesión de un título pero, más aún, en concretar los grados hasta los que se podía aspirar a la rehabilitación de un título. La mezcla entre el pasado y el presente que había incoado Fernández de Bethencourt se iba haciendo cada vez más sólida e impregnaba los juicios de aquellos que se dedicaban a la genealogía –o empezaban a hacerlo-¹⁴.

Un poco más tarde y como eco tanto del debate sobre los Grandes en la *Revista* como del discurso de Bethencourt y el libro de Suárez de Tangil, se publicó una obra firmada por Juan Barriobero y Armas. El título *Aristocracia* no decía mucho, pero su contenido resultaba una vuelta de tuerca más en la vinculación entre la realidad de la nobleza en el presente y su posición en el pasado. La novedad procedía de la decidida toma de postura a favor de la nobleza. Si los otros autores transmitían más o menos esperanzas después de evidenciar su desencanto, en Barriobero esta última parte ni siquiera aparecía. El autor no veía ninguna ventaja en el análisis crítico: “son perjudiciales aquellos caminos y no debiera llevarse a ellos grava, hay que buscar la esencia de la institución, prescindiendo de que se crea influye en ello la vanidad, que es tacha que acompaña a todo el que pretende hablar de teoría”. Eso no significaba que no contemplara el presente, ni que olvidara el pasado –“la esencia”- pues hacía

¹² "Los que reuniendo méritos, condiciones y circunstancias, cultura, educación y facilidades, por dejadez, por abandono, por pereza, consiente, mejor dicho, contribuye a la decadencia de estas instituciones: esa sí es culpable por omisión de un deber que siquiera no tuviera otro origen que el egoísmo, estaría justificado, el cumplir para evitar que, en el piélago del actual modernismo se hunda la carabela, que tantas veces le atravesó victoriosa y segura, por inercia de sus remeros conductores", Fernando SUÁREZ DE TANGIL, *Breve estudio histórico-político y sociológico legal sobre las grandezas de España y títulos del Reino*, Madrid, s.n., 1914, p. 65.

¹³ *Ibid*, p. 64.

¹⁴ Curiosamente, en este libro Suárez de Tangil citaba a Bethencourt como referencia, a pesar de las críticas posteriores. El autor era colaborador de la *Revista de Historia y Genealogía Española* y se especializó en asesorar a personas que aspiraban a rehabilitar títulos. Vid. Fernando SUÁREZ DE TANGIL, *Caso curioso y moderno de derecho vincular*, Madrid, s.n., 1920.

acto de presencia la historia, las sucesiones y las problemáticas relacionadas con los méritos para recibir una concesión¹⁵. Simplemente, para él no había renuncia ni omisión.

Resulta llamativa la polémica suscitada entre tres expertos que, en las ideas principales, coincidían plenamente: la nobleza era una institución clave en la Historia de España, su misión no había terminado y, por último, la investigación genealógica era un factor esencial para explicarla. No obstante, sus desacuerdos, el espacio que se había concedido al presente introducía problemáticas nuevas. Para Alain Plessis, la aristocracia era un “hecho de opinión” en Francia desde el fin del Antiguo Régimen y parecía que lo era también en España, a juzgar por estos textos¹⁶. No obstante, la propuesta de Halbwegs –reformulada por Saint Martin– que hablaba de un “fenómeno de creencia” parecía más adecuada, ya que introducía la idea de “continuidad” como una historia flexible, adaptable a las necesidades y obligaciones de un grupo social como era la nobleza. En esa adaptabilidad es donde empiezan a aparecer fisuras. Los límites, en el caso de la genealogía, son antepasados falsos o la propia escasa investigación. Pero, además, en ese principio de siglo XX la propia genealogía parece convertirse en un límite cuando se procura subrayar la importancia mayor de la acción en el presente. El reconocimiento que para Bourdieu era un factor fundamental en la configuración del habitus se estaba diluyendo¹⁷. Esa disolución se daba al menos en un grupo que resultaba tremendamente singular como eran los genealogistas: no estaban ni fuera ni dentro, eran auténticos árbitros de nobleza¹⁸.

A la defensiva.

En 1932 la situación había cambiado notablemente y no solamente para la nobleza. Aún así, ese año salió a la calle una guía nobiliaria que pretendía convertirse en una referencia durante esos tiempos agitados. Se trataba de un trabajo de Roberto Moreno Morrison,

¹⁵ Juan BARRIOBERO Y ARMAS, *Aristocracia. Notas y observaciones relativas a su significación*, Madrid, s.n., 1915, p. 15. Barriobero citaba directamente a Suárez de Tangil al que criticaba en parte los mismos defectos que pretendía denunciar: "Sólo se dejan oír hablando de la aristocracia, voces de algunos que confunden lamentablemente las galas de armería, con el alma que cubrieron, dispuesta, porque nobleza obliga, al sacrificio, patrocinado el honor y la virtud", p. 16.

¹⁶ Alain PLESSIS, "Nobles et actionnaires de la Banque de France de 1800 à 1914" en *Les Noblesses Européennes au XIXe siècle*, Roma, École française de Rome & Università di Milano, 1988, pp. 255-265. En su momento fue un concepto con cierto eco en España: Juan PRO RUIZ, "Aristócratas en tiempos de Constitución" en Javier DONÉZAR y Manuel PÉREZ LEDESMA (eds.), *Antiguo Régimen y liberalismo. Homenaje a Miguel Artola. 2. Economía y sociedad*, Madrid, Alianza Editorial, 1995, pp. 615-30

¹⁷ Pierre BOURDIEU, "Los ritos como actos de institución" en Julian PITT-RIVERS y John G. PERISTIANY, (eds.), *Honor y gracia*, Madrid, Alianza editorial, 1993, pp. 111-123.

¹⁸ Su posición de jueces culminaba (¿y perdía imparcialidad?) con la obtención de un título. Si Fernández de Bethencourt nunca ostentó ninguno, si accedió a él Juan Barriobero y –con ciertas dificultades– Fernando Suárez de Tangil. Para éste último vid. Marqués de Covarrubias de Leyva, Archivo General del Ministerio de Justicia, leg. 160-2, exp. 1375.

genealogista vinculado a la *Revista de Historia y Genealogía Española* –ahora en una segunda etapa-. Este trabajo pretendía hacer una relación de todas las casas nobiliarias con grandeza o sin ella, pero también dedicar un espacio a la llamada nobleza no titulada, centrándose en miembros de órdenes militares y maestranzas. Su atención a la genealogía era mucho menos destacada que en la obra de Fernández de Bethencourt y, además, aparecían noticias de esas casas en la actualidad. En cierta medida, se trataba de una guía de sociedad exclusiva para las clases nobles¹⁹.

Aparte de la fecha, esta guía es relevante por dos factores que la convierten en un destacado reflejo del cambio que se estaba viviendo en la genealogía como fuente de distinción de la nobleza y de la idea que la propia nobleza –u otros intérpretes- tenía de la genealogía como elemento diferenciador. En primer lugar, este trabajo de Moreno Morrison recibió la aprobación de la Diputación de la Grandeza de España como un documento fiel a la hora de analizar el pasado de las casas ahí relacionadas. La Diputación entendía en el comienzo de la República –al menos explícitamente- que el principal riesgo que entrañaba el fin del reconocimiento público a la nobleza era la posible puesta en duda de la historia²⁰. En segundo término, la guía venía precedida de un prólogo, firmado por Juan Barriobero, quien en esos momentos era abogado asesor de la Diputación de la Grandeza. Las páginas que firmaba llevaban un título que no podía ser más expresivo, “La nobleza en el medio actual”. Tampoco era irrelevante su atención hacia el ejemplo de la nobleza francesa, que le parecía el más adecuado para la España republicana. Obviamente, también procuraba plantear una defensa a favor de la nobleza y su continuidad. Sus palabras eran significativas:

"facilitan aprender estas obras alejadas de la acuciosidad vanidosa y del interés personal, lo que hay de cierto en la vida nobiliaria española, empezando por deshacer dañosos supuestos, como el de que abundan en nuestro país excesivamente estas dignidades, contra la realidad"²¹.

¹⁹ Roberto MORENO MORRISON, *Guía nobiliaria de España*, Madrid, s.n., 1932. En el primer año no se lograron todos los objetivos, que sí se alcanzaron en posteriores ediciones (1941). Sus contribuciones en la Revista se pueden seguir desde 1927. *Revista de Historia y Genealogía Española*, 15 de enero de 1927. Mucho más que Fernández de Bethencourt, su modelo parecía ser el *Gotha* que también quiso imitar éste en sus *Anales*.

²⁰ *Memoria de la Diputación de la Grandeza de España*, 30 de diciembre de 1931, Archivo de la Fundación Casa de Alba, fondo Don Jacobo, c. 5. El 1 de junio se aprobó un decreto que prohibía el uso público de los títulos y la concesión de nuevos. *Gaceta de Madrid*, n 153, pp. 1122-3.

²¹ Juan BARRIOBERO Y ARMAS, “La nobleza en el medio actual” en Roberto MORENO MORRISON, *Guía nobiliaria de España*, Madrid, s.n., 1932.

Poco o nada quedaba en sus palabras para la historia o el pasado en general. Ahora la lucha contra la vanidad era importante, pero más aún la defensa contra aquellos “supuestos” que sin duda procedían de quienes no tenían ningún interés en orígenes y ascendientes. Sin embargo, también era muy elocuente la ausencia de una justificación más “histórica” sobre la importancia de la nobleza en el presente. Desde aquellas polémicas de 1914 el presente cada vez parecía pesar más y una situación poco propicia desde el punto de vista político sólo se entendía que se podía encarar a la defensiva. Ahí, de eso era buena muestra Barriobero, no contaba la historia.

Hace años, Pierre Bourdieu se planteó la posibilidad de hablar de un nuevo tipo de capital simbólico específico para la nobleza. Decidió denominarlo “capital nobiliario”, insistiendo en la sutil diferencia que implicaba ese concepto y que lo hacía distinto a un simple prestigio o visibilidad²². Recientemente, algunas publicaciones han atendido con mucho acierto a los cambios vividos por la nobleza en España en la época contemporánea. Los trabajos de Sánchez Marroyo o Artola Blanco centrados principalmente en su posición económica, sus relaciones familiares, hábitos de consumo –entre otros aspectos- han insistido en su gran capacidad de adaptación a las nuevas situaciones políticas y sociales que trajeron el siglo XIX y el comienzo del XX²³.

La atención a fuentes que suponen otras perspectivas, como son las obras genealógicas, aporta una visión distinta sobre la desaparición o debilitamiento de ese capital nobiliario, al mismo tiempo que confirma la tremenda capacidad de perduración que ya Powis enunció, atribuyendo esa ductilidad a la fuerza del nacimiento –y que aquí se ha definido a partir del concepto “ficción de la continuidad”-²⁴. En este sentido, una vez más, la posición de la nobleza en España en esos momentos constata la subjetividad que las diferencias jerárquicas alcanzan cuando se mezclan con categorías de carácter cultural²⁵.

²² Pierre BOURDIEU, "Postface" en Didier LANCIEN et Monique de SAINT MARTIN, *Anciennes et nouvelles aristocraties de 1880 a nos jours*, Paris, Editions de la MSH, 2007, pp. 389-392.

²³ Fernando SÁNCHEZ MARROYO, *Los grandes cambios económicos y sociales en el grupo nobiliario en España*, Madrid, Ediciones 19, 2013. Miguel ARTOLA BLANCO, *Las clases altas en la sociedad de masas. Capital, poder y status: Madrid, 1900-1950*. Tesis doctoral, Universidad Autónoma de Madrid, 2013

²⁴ Jonathan POWIS, *Aristocracia*, Madrid, Siglo XXI Ediciones, 2004.

²⁵ Sobre lo subjetivo de estas diferencias añadiendo una perspectiva comparada, vid. Michèle LAMONT, *Money, morals and manners. The culture of the French and the American upper-middle class*, Chicago, The Chicago University Press, 1992.